

Ortega Ruiz, P. y Romero Sánchez, E. (2019). *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad*. Barcelona: Editorial Octaedro, 239 pp.

El libro a reseñar constituye un nuevo ejemplar de la pedagogía de la alteridad, con el sello de calidad y el estilo narrativo al que nos tiene acostumbrados, en los últimos años, el autor Pedro Ortega. Las conversaciones mantenidas con el profesor Romero Sánchez, durante tres de las cuatro estaciones del año, permiten adentrarnos en el planteamiento filosófico de Levinas, que constituye la base de la pedagogía de la alteridad.

El diálogo se inicia en otoño, coincidiendo con el comienzo de curso, permitiendo revivir sus momentos como maestro y reconociendo como el estilo vital penetra en el aula, pues todos tenemos una «historia que nos explica y a través de ella se nos puede interpretar» (p. 32). Preocupado por el para qué de la educación, por los valores como contenido ineludible de la misma, por el modo irresponsable de los docentes que ignoran el entorno del alumno, anulando preguntas y evitando la exigencia de responder del otro, el autor considera que el discurso educativo debe situarse en la ética y la antropología, y comienza a recordar las grandes obras que le han llevado a reconocer que no siempre nuestra conducta es coherente con nuestro modo de pensar, separándose de este modo de la ética de Kant, para embarcarse en Levinas.

Son varios los fragmentos en los que se manifiesta esta dura crítica a la ética Kantiana, y a modo de ejemplo rescataremos alguno de ellos, «es difícil admitir que el desarrollo del juicio moral en un individuo le capacite y motive para una conducta de acuerdo con esa valoración moral» (p.39), de hecho, «ha sido muy débil para hacer frente a la cultura del silencio que imponen las ideologías totalitarias» (p.38). La conducta ética no se mueve principalmente por la razón, ni por lo que se establece socialmente como parámetros de una vida digna del ser humano, más bien sus raíces se sitúan en el corazón, y para evidenciar esto, rescata el papel de la memoria de las víctimas en la ética de la compasión que supone «bajar del mundo de las bellas ideas, y mancharse las manos con los problemas de los hombres y mujeres» dando una respuesta responsable. En esta línea, el autor reconoce que hay situaciones de vulnerabilidad e inhumanidad en las que la dignidad de las personas no es posible (desaparece), y denuncia el uso instrumental que se hace del ser humano, quedando reducido, en múltiples ocasiones, a un producto del mercado al servicio del más fuerte.

La pedagogía de la alteridad no es solo una teoría, sino un estilo de vida con el que llevar a cabo un modo distinto de educar en el aula, en la familia y en la sociedad, atendiendo al otro desde su reconocimiento. En este sentido, se reivindica una educación que otorga protagonismo al educando como sujeto histórico, que vive en un tiempo y espacios concretos, aunque no siempre

ideales, y se revaloriza el papel que las circunstancias tienen en el proceso de humanización, ampliando o limitando las posibilidades de potencialización-perfeccionamiento. Por tanto, no se puede educar sin atender a la realidad contextual del educando, de otro modo sería «una educación sin alma, in-significante» en la que el alumno ha sido ignorado o visto como un dato estadístico.

En las conversaciones de invierno, el diálogo se inicia con una dura crítica a la racionalidad tecnológica que se ha asentado en la pedagogía por demasiado tiempo, haciendo más complejo el cambio a otros modelos alternativos y se centra en dos ámbitos esenciales: la educación mediambiental y la universidad. Respecto al primero, cabe señalar que el deterioro ocasionado a la naturaleza ha sido resultado del expolio de los recursos naturales realizado durante muchos años, bajo el pretexto de gozar de mayor bienestar humano. El enfoque de la alteridad rompe con este discurso idealista, con la supremacía del ser humano en el ecosistema, para abordar el problema medioambiental desde un enfoque ético, «en la que naturaleza y humanos no se vean como seres enfrentados, sino como inquilinos respetuosos de una casa común» (p. 116).

En cuanto al papel de la universidad se subraya la necesidad de potenciar el saber humanístico, el peligro de la autocomplacencia y el compromiso con el cambio y la transformación social, no dando nunca por terminada la conquista social. La universidad debería ser un espacio de diálogo y entendimiento, de

participación activa, de convivencia, de formación integral del sujeto no fragmentado, en definitiva, y en palabras del propio autor, debería «procurar el aprendizaje de una infraestructura ético-moral, que se traduce en una ética ciudadana imprescindible para la construcción de una sociedad justa y solidaria» (p. 120). Sin embargo, a pensar del avance del discurso ético, éste aún no ha calado en la realidad de las aulas, en la relación educativa, moviéndose solamente en el plano cognitivo. De modo que, no se ha preparado a los estudiantes de la universidad, a los futuros profesionales, para sentirse responsables de los recursos de la sociedad, para el servicio a la comunidad. Se cierra la conversación reflexionando sobre la actitud hacia la vida entendida como un «quehacer», en la que en palabras de Ortega, encuentra tres direcciones posibles: la negación, indiferencia o afirmación del otro.

Finalmente, en las conversaciones de primavera, se aborda el papel central de la circunstancia en la configuración del ser humano, y por ende, en la acción educativa, «pero la circunstancia es muy distinta en cada individuo. Cada uno tiene su tiempo y su espacio. No hay una circunstancia igual para todos» (p. 159). Por todo no podemos educar en el abstracto, en un educando homogeneizado, ignorando sus circunstancias, más bien se trata de situar la educación en parámetros racionales que contemplan la incertidumbre, contingencia y la sorpresa, «con más preguntas que hacer que respuestas seguras que dar» (p. 166). Situarnos en el discurso ético, que no

siempre moral, es abandonar la seguridad de la norma que regula la conducta moral, para situarnos en la incertidumbre de caminar a la deriva, sin saber si hemos sido lo suficientemente responsables del otro. Algunas de las cuestiones atendidas en esta estación son: ¿Qué es el hombre? ¿Qué quieres decir cuando afirmas que la ética sin antropología es un sinsentido? ¿Pero qué ética o antropología? ¿Por qué abordar la educación desde la

Pedagogía de la Alteridad? ¿Cómo educar desde este enfoque? ¿Qué relación se da entre la ética y la moral? ¿Qué respuestas ofrece el discurso levinasiano a los problemas sociales?... pero su respuesta, querido lector, requieren de una inmersión profunda en el contenido plasmado en las páginas de este libro.

M.^a Ángeles Hernández Prados
Universidad de Murcia